

Ingreso al Ministerio y primeros pasos

A comienzos de 1958, con 19 años recién cumplidos, aprobé los exámenes de ingreso al Ministerio de Relaciones Exteriores, a cargo de Víctor Andrés Belaúnde. Fui admitido con la categoría administrativa de Ayudante 5to, entonces el primer paso hacia el Servicio Diplomático y destinado a la Dirección de Administración, responsable de la gestión económica del sector. El Embajador Ricardo Valdivia era un maestro en los procesos administrativos del Estado y, con modestos recursos se las arreglaba para mantener la maquinaria funcionando.

La Dirección ocupaba tres hacinados ambientes de la Casa Aspíllaga, construida a comienzos del siglo XIX como Casa de Aduana, pero de arquitectura muy distinta al contiguo Palacio de Torre Tagle concluido en la primera mitad del siglo XVIII. La sección de sueldos en Lima era dirigida por Agustín Fuentes Castro, hombre bueno y regordete, posiblemente la persona más querida en el Ministerio. Recorría los locales con un conserje que cargaba una caja con los sobres de pago quincenales. Y, no sé si muy legalmente, nos adelantaba pequeñas sumas. Para celebrar su cumpleaños, se organizaban concurrecidos almuerzos con no pocos brindis y baile en los “jardines” entonces existentes en Magdalena.

Mi sección, ubicada en el primer ambiente, era la de Pagos al Exterior donde también trabajaban, escritorio con escritorio, el director, el subdirector y varios otros funcionarios. Mi tarea era el proceso de autorización de egresos varios como planillas de sueldos, gastos de embajadas y consulados, contribuciones a organizaciones internacionales, viáticos y otros. Debía obtenerse la aprobación previa de la Contraloría General de la República y, finalmente, asegurar la llegada de los llamados “Libramientos” u órdenes de pago al Banco Central de Reserva que preparaba y remitía por correo aéreo los cheques que era, en aquellos tiempos, la manera de enviar dinero. La tarea podía considerarse rutinaria, pero yo le ponía mucho entusiasmo, llegando a correr entre los distintos locales del Estado, en el centro de Lima, e insistir hasta personalmente con el digno Contralor, que era amigo de mi padre, para que autorizara de inmediato los pagos de sueldos en el exterior. Algún funcionario me preguntó por qué ponía tanto interés en que los diplomáticos recibieran lo más pronto sus haberes. Años más tarde en París, con mi minúsculo haber, entendí que cualquier retraso no era broma.

Además, tenía que seguir corriendo, literalmente, pues el Ministerio permitía a los aspirantes al Servicio que seguían estudios universitarios, que iniciaran labores a las diez de la mañana. Mi ingreso al Ministerio coincidió con el primero de cinco años en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica, ubicada en el Jirón Lártiga distante algunas cuadras. No tenía problema con las dos primeras clases, pero también las había a otras horas de la mañana. Como no siempre conseguía permiso para ausentarme y la Facultad exigía mínimos de asistencia, no quedaba más remedio que dejar unos minutos la oficina y correr a la Facultad, ingresar subrepticamente a los salones de clase por alguna puerta trasera, decir presente en el pase de lista y retornar al trabajo. La cuestión se complicó aún más, cuando empezamos los cursos en la Academia Diplomática, entonces en etapa formativa y no exigía como hoy tiempo completo. Se dictaban entre dos y tres de la tarde, momento algo más tranquilo en la Cancillería, a finales del día y en oportunidades los sábados en la tarde, pues también se trabajaba en la mañana de ese día. Caminar muy rápido se convirtió en un hábito y aún ahora, a veces debo retornar sobre mis pasos para caminar al lado de Kille.

Tras dos años en la Dirección de Administración, fui trasladado por breve tiempo a la de Asuntos Legales, bajo la dirección del entonces Consejero Luis Marchand Stens con quien por muchísimos años hasta su fallecimiento fuimos cercanos y queridos amigos. Con el nuevo Canciller, Luis Alvarado Garrido, se estableció una pionera oficina de Estudios Políticos. Su tarea, distinta a todas las demás reparticiones, no era operativa sino analítica y propositiva. Acertadamente se confió su dirección a Enrique González Dittoni, estudioso y brillante diplomático que supo encaminar lo que ahora se llamaría estudios y planeamiento. Merecidamente admirado por jóvenes y mayores y destinado a las más altas posiciones, falleció con apenas 43 años, tiempo después de ocupar la Embajada en Suiza. Cuanta falta le hizo al Servicio y al país y cuanta gratitud le debemos muchos. Fue sucedido por Gonzalo Fernández Puyó Embajador muy competente y de gran simpatía, quien tras su destacada carrera fue por años Profesor de Derecho Diplomático en la Academia Diplomática y Presidente de la Sociedad Peruana de Derecho Internacional.

La Oficina de Estudios Políticos fue una experiencia muy enriquecedora. No existía ninguna de las herramientas de que disponemos hoy para obtener información; hasta enlatada. Con medios que llamaríamos artesanales como noticias de diarios, algunas publicaciones y despachos de nuestras Embajadas, debíamos compilar información, clasificarla, mantenerla actualizada y, más importante, formular apreciaciones que pudieran servir a las autoridades de Cancillería para sus decisiones.

El Canciller Alvarado Garrido era persona de carácter fuerte, pero también muy recto y de notable bagaje intelectual y profesional. Reconocido especialista en Derecho Internacional Privado fue también un joven Embajador y por años Sub-Director de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Retornó al servicio del país como Embajador en Bolivia y al poco tiempo el Presidente Prado lo designó Ministro de Trabajo. Al sentido fallecimiento del muy ilustre hombre público, diplomático y humanista Raúl Porras Barnechea, lo sucedió en el Ministerio. Se contrató como Secretaria del Gabinete a la Sra. Elvira Coloma, una de las personas más competentes, pero también noble y afectuosa que conocí en la vida. Le guardo enorme agradecimiento.

De su enérgica gestión, recuerdo especialmente dos temas. Su decidida actuación con el Embajador Especial Guillermo Hoyos Osoreo para continuar la tarea iniciada por su predecesor. Se trataba de obtener de los Países Garantes del Protocolo de Río de Janeiro una categórica Declaración que rechazara de la manera más explícita la absurda e ilegal declaración de nulidad del Tratado, proclamado por el impredecible Presidente Velasco Ibarra, quien elegido cinco veces a ese cargo nunca completó ni uno de sus mandatos. Fue un momento trascendente de la diplomacia peruana.

Del mismo modo, se empeñó a fondo en la candidatura del expresidente José Luis Bustamante y Rivero a la Corte Internacional de Justicia. Esta postulación era considerada por algunos como pérdida de antemano, pues el Canciller de Paraguay Raúl Sapena Pastor, no desprovisto de competencia académica y diplomática, había trabajado su candidatura por largo tiempo. La decisión exigió no pocas votaciones y fue el tesón del Canciller que logró, voto a voto, que finalmente fuera elegido nuestro eminente hombre público. No creo que Alvarado Garrido haya recibido el reconocimiento que se había ganado a pulso, pero lamentablemente, en el Perú esa no era ni es una excepción.

En 1962, a finales del segundo gobierno del Presidente Manuel Prado, se produjo un golpe militar y fue nombrado para ocupar la Cancillería el Almirante Luis Edgardo Llosa. Este

designó para la Jefatura de su Gabinete a Felipe Valdivieso Belaúnde, a quien había yo conocido un tiempo atrás en Washington, cuando asistí a un programa de información sobre la Organización de Estados Americanos. Felipe gestionó mi traslado al Gabinete del Ministro, en el que laboré durante ese periodo. Al retorno de la democracia, continuó con el nuevo Canciller Fernando Schwalb López Aldana, bajo la jefatura del Ministro Julio Ego Aguirre Álvarez, quien por sus méritos llegó a ser Secretario General de Relaciones Exteriores dos veces y con quien siempre mantuvimos la mejor amistad.

La tarea en el Gabinete del Ministro fue una magnífica experiencia para mí, recién incorporado al Servicio Diplomático como Tercer Secretario. Primero, por la presión del trabajo pues las cosas no podían esperar y era necesario mantener la atención, actuar con diligencia, cuidar los detalles y olvidarse de los horarios. Pero también permitía aproximarse a una diversidad de temas y problemas, pues como suele ser en la administración pública muchas cosas terminan llegando a la cabeza. Tanto el Almirante Llosa como el Dr. Schwalb eran personas de alta calidad profesional y del trato más correcto. De ellos y mis jefes y compañeros del Gabinete guardo el más agradecido recuerdo. Al Gabinete siguió mi primera designación para servir en el extranjero como Vice Cónsul en París.

Admiraba, como todos mis contemporáneos, las actuaciones de los Cancilleres Victor Andrés García Belaunde, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alvarado Garrido y otros; pero también la de los Embajadores Alberto Wagner de Reyna Secretario General, la tarea de décadas del Embajador Bolívar Ulloa sobre las fronteras, el Embajador Especial Guillermo Hoyos Osoreo, el Embajador Edwin Letts Sanchez, infatigable luchador para el establecimiento de un nuevo Derecho del mar y otros y de muchos funcionarios de diversas categorías que eran ejemplo de profesionalismo y calidad personal.